
ANDALUCIA: APORTACION A UN DEBATE

José Rodríguez de la Borbolla



6

Andalucía es, sin duda, uno de los ejes esenciales sobre los que gira la realidad total de España. Sus especiales dimensiones, su privilegiada posición estratégica meridional y su indudable personalidad cultural, la convierten en referencia obligada de cualquier planteamiento sobre la cuestión nacional.

El interés que siempre ha despertado ante propios y extraños ha ido mucho más allá de coyunturales protagonismos históricos y ha sido independiente de cualquier situación de bonanza o desgracia socio-económica.

Especial relieve ha adquirido Andalucía en los llamados tiempos modernos. A partir

de ese instante, el interés por los temas de Andalucía se ha incrementado de forma indiscutible. Con mayor o menor precisión, los viajeros románticos, los pensadores de fuste, los historiadores o los sociólogos han hecho del caso andaluz objeto de múltiples clichés, análisis e interpretaciones.

En esta variada acumulación de textos

y datos, hay que saludar con agradecimiento importantes aportaciones científicas que han desvelado con rigor gran parte de nuestro pasado, y han sugerido nuevas

En Andalucía han proliferado más las historias locales y aún localistas que los estudios globales o regionales.

investigaciones que aún aguardamos. Hay también, sin embargo, una abundante literatura andaluza o sobre Andalucía, que ha utilizado nuestra historia como precipitado campo de experimentación metodológica o, lo que es más preocupante, la ha moldeado subjetivamente a favor de intereses ideológicos determinados.

Andalucía: un problema de interpretación

En oposición a otras zonas de España, en Andalucía han proliferado más las historias locales y aún localistas que los estudios globales o regionales. Distintos factores han influido en esta curiosa inflexión. Como bien apunta Domínguez Ortiz, la ausencia de estructuras político-administrativas unitarias en el pasado de Andalucía influye decisivamente en la falta de archivos de carácter regional, propiciando además el descuido, la desaparición de algunas fuentes y la general dispersión documental. Tales problemas han impedido o dificultado la labor integradora de los especialistas.

Este dato indiscutible habría que completarlo con un factor añadido y, desde nuestro punto de vista, nada despreciable si queremos entender la particular idiosincrasia de nuestra historiografía. Me refiero a la fuerza, a la atracción casi telúrica que el andaluz siente por sus raíces más inmediatas. En su interpretación de Andalucía, tan discutible en tantos aspectos, Ortega intuye, sin embargo, «ese peculiar entusiasmo del andaluz por su trozo de planeta», y añade: «La unión del hombre con la tierra no es aquí un simple hecho, sino que se eleva a relación espiritual, se idealiza y es casi un mito». La configuración de la realidad está, pues, condicionada por la vinculación a una raíz con-

creta que se atesora con exquisito mimo. Esta vivencia no está reñida con la de una pertenencia más amplia —Andalucía y, por ende, España—; pero esta perspectiva

superior está conformada desde abajo. Es éste un matiz que explica multitud de comportamientos y actitudes no siempre tenidas en cuenta en análisis apresurados. Cuando el andaluz, por ejemplo, se enfrenta al proceso autonómico, lo hace más con la esperanza intuida de que se le abre la posibilidad de superar una situación dada que con el ánimo de conquistar unas formas jurídicas de autogobierno.

Podría explicarse así que los intentos más recientes de interpretación de Andalucía se hayan realizado a partir del condicionante socio-económico inmediato. Más que Historia de Andalucía —salvo contadas y honrosas excepciones—, se han elaborado teorías para hurgar, a veces con fuertes dosis de masoquismo, en el tema del subdesarrollo, su origen y sus causas.

Este singular y polémico punto de vista proporcionó, en su momento, importantes datos y algunas sugerentes interpretaciones. Pero no cabe duda que determinados análisis, contemplados con la perspectiva de los últimos años, han podido también influir negativamente por más de un concepto. Se ha pretendido demasiadas veces utilizar tesis interpretativas para afianzar determinados posicionamientos ideológicos. Se ha olvidado, con lamentable frecuencia, el sabio consejo y rigurosa advertencia lanzada por uno de los maestros andaluces del quehacer histórico: «Hay que hacer un gran esfuerzo para que, ni siquiera de manera inconsciente, traslademos al pasado preocupaciones, anhelos y juicios de valor que pertenecen exclusivamente al presente» (A. Domínguez Ortiz).

Algunas teorías, por ejemplo, han pretendido justificar la realidad andaluza acudiendo a viejos tópicos reaccionarios y a afirmaciones en las que se mezclaban la

adulación con la descalificación global y la ausencia de cualquier rigor. Frases como la incapacidad para el trabajo, el sentido hedonista o extrovertido de la existencia y un clima propicio al ocio o, como mucho, a la mera inspiración estética, pueden servir de ejemplo e ilustración.

En determinados sectores de la burguesía autóctona más tradicional se ha intentado ocultar la propia inoperancia, acuñando la especie de que el atraso de Andalucía, su progresiva involución desde comienzos del siglo XIX, se debe sólo a la nefasta política de las sucesivas administraciones públicas, sin ninguna matización al respecto. El análisis de este principio les llevó poco a poco a establecer una peligrosa conclusión, una estrategia de agravio comparativo con otras zonas de España, que sería aprovechada después por ciertos sectores urbanos y pequeño-burgueses. Estos

grupos han derivado posteriormente hacia ambiguos planteamientos políticos, que han seguido utilizando la pura reivindicación como instrumento único de conexión

con la población a fin de movilizarla en pos de determinados objetivos. Partiendo de la situación real de atraso de Andalucía, se recurre a la comparación con otras zonas de España para intentar la identificación ciudadana con la herida regionalista en contra de aquellos poderes e instituciones del Estado a las que se achacan todos nuestros males.

Si de estas interpretaciones conservadoras pasamos a otras valoraciones de signo opuesto, nos encontramos con un panorama muy distinto. Ante todo por su amplitud y variedad, pero especialmente por estar dotadas de un aparato científico de indudable atractivo. Es evidente que algunas de estas teorías jugaron un decisivo papel en el análisis de la realidad andaluza y sirvieron para dinamizar la toma de conciencia política y social de importantes sectores andaluces frente a la conflictiva y endémica situación de nuestra tierra.

Sin embargo, algunos aspectos y determinadas afirmaciones doctrinarias de estos planteamientos teóricos se han manifestado a la larga insuficientes; se han ido en parte desvirtuando con el paso del tiempo y preciso es reconocer incluso que adolecen de una aplicación apriorística, casi mecánica, de metodologías y tesis elaboradas para explicar realidades sociales distintas a la andaluza del siglo XX.

La tesis del *capitalismo colonizador* pretende, en origen, explicar la etapa decimonónica del desbordamiento europeo por otros continentes y sus consecuencias, sobre todo a raíz de la segunda fase de la industrialización, desde 1870. No faltan en esta teoría aspectos concretos aplicables a Andalucía. El caso de la explotación minera tal vez sea el más significativo de todos. Sin embargo, resulta difícil aceptar en todo momento el hilo conductor de

este razonamiento, a no ser que se introduzcan sustanciales matizaciones. Cuando, por ejemplo, esta tesis achaca con exclusividad los males de nuestra tierra a

una acción de «conquista» por parte de Estados, grupos, personas e intereses ajenos y enemigos de Andalucía, se está olvidando, o al menos disimulando, la culpable complicidad ejercida en todo este proceso por sectores de la propia clase dominante andaluza. Y eso sin entrar en la equívoca y peligrosa simplificación que significa reducir toda la historia a una batalla entre buenos y malos, a una dudosa confrontación de perfiles meramente maniqueos.

De manera similar, aunque con matizaciones específicas, se expresa la teoría del *centro-periferia*, tan atrayente cuando Samir Amin y otros autores la pusieron en boga para explicar el papel del Tercer Mundo en la fase imperialista del capitalismo. Aplicada al caso que nos ocupa, significaría que Andalucía formaría parte de ese mundo «dependiente». Su papel se reduciría a proporcionar mano de obra y pro-

**La realidad andaluza,
sobre todo en los últimos años,
está adquiriendo un ritmo
nuevo que no es posible
desconocer.**

ductos baratos, a cambio de importar, por añadidura, manufacturas y bienes de equipo de alto coste y elevada tecnología. De esta forma, se alimentan sin cesar los beneficios del núcleo dirigente de la economía mundial, que consolida así su doble papel explotador y hegemónico. Se concluiría —social y políticamente o hablan— que la sociedad andaluza, las relaciones sociales en Andalucía, estaban meramente subordinadas en su comportamiento a las directrices que llegaban de fuera. Más aún, que la clase dirigente andaluza o los grupos dirigentes andaluces estaban supeditados a los impulsos procedentes de grupos políticos instalados en el centro de poder de la nación española o en núcleos de decisión de más allá de nuestras fronteras.

Sin discutir la situación secundaria de la economía española y andaluza en el concierto mundial, es necesario, sin embargo, precisar con más pormenor el alcance de algunos de los supuestos teóricos de los que se parte. Nuestra estructura productiva tiene hoy actividades, presencias e incluso impulsos competitivos que con dificultad pueden integrarse en el contexto marginal que se prejuzga. Afirmarlo sería desconocer la realidad, aunque tampoco sería convincente empeñarse en defender un triunfalismo a ultranza.

Por otra parte, el enunciado de referencia peca de excesiva globalidad, de cierto ingrediente espacial que se rebela a la hora de la verdad. La dicotomía internacional establecida no es tan clara y absoluta como se pretende. Entre ambas márgenes extremas, queda oscurecido el papel de las zonas intermedias, así como las relaciones económicas y de cualquier otro tipo que necesariamente se establecen entre estos países medios y aquellos otros más avanzados o más deprimidos y atrasados.

Es verdad que mucho de los temas tratados representan aspectos parciales, pero que exigen también un planteamiento exacto a la hora de establecer con rigor un

**La transición política,
el arraigo de la libertad,
ha provocado una maduración
global de la sociedad
española.**

análisis interpretativo de la realidad andaluza. Una realidad que, sobre todo en los últimos años, está adquiriendo un ritmo nuevo que no es posible desconocer.

Con demasiada frecuencia los esquemas fijos y preconcebidos carecen de sentido; sobre todo cuando se aplican a una realidad viva y dinámica como son las colectividades humanas. Andalucía no sólo no es una excepción, sino que por sus peculiares características de vitalidad social se escapa a cualquier concepción fixista con especial habilidad. Las frases hechas son casi siempre frases muertas. Afirmaciones *definitivas* sobre la esencia de un pueblo, sobre su nivel cultural o sobre su sistema productivo, carecen de sentido. Entre otras razones porque son, como mucho, afirmaciones referidas a una situación histórica puntual, son productos en cierto sentido anecdóticos, cuya pretensión categórica negaría el sentido mismo de la historicidad.

Se ha dicho tantas veces que Andalucía es una realidad compleja, difícil de atar y encasillar bajo esquemas previos, que parece tópico insistir en ello. Ya Richard Ford, tal vez el más brillante y certero de los cronistas románticos, subrayó con vigor la rica heterogeneidad andaluza. Heterogeneidad y diversidad que llega incluso a convertirse, como el río que la atraviesa y fecunda, en un factor definitorio de lo andaluz; un elemento que afecta a su estructura geológica, a la distinta experiencia vivida a lo largo de su evolución histórica y a la espléndida textura de su urdimbre cultural.

Andalucía en un contexto de cambio

Lo expuesto hasta aquí desde una perspectiva historiográfica debe complementarse con el referente actual; con una serie de alusiones a las profundas y recientes transformaciones que han ido alterando progresivamente nuestra realidad.

En los últimos años se ha producido un conjunto de acontecimientos vitales —unos en Andalucía, otros fuera de Andalucía e incluso fuera de España— que exigen completar y enriquecer los instrumentos de análisis para saber con exactitud qué es necesario hacer a fin de superar la situación actual. Una política realista y concienzuda no puede desentenderse de estos datos.

Sin ánimo excluyente y sin pretensiones de agotar todo el espectro, es preciso reconocer que ha surgido un nuevo contexto, político y económico, que ha provocado las correlativas alteraciones dialécticas en el campo cultural, ideológico o social.

Es innegable, por ejemplo, que la transición política española ha experimentado de unos años a esta parte un decidido avance. Ha progresado en la dirección de consolidar la democracia, de ajustarla con precisión a los esquemas civiles, reforzando así el goce y disfrute de las libertades públicas contenidas en el texto constitucional. Pero es que, además, la transición política, el arraigo de la libertad, ha provocado una maduración global de la sociedad española. De una sociedad dependiente, escasamente vertebrada y ayuna en la práctica de instrumentos de actuación política, hemos pasado en poco tiempo a ser una sociedad dinámica, tolerante y protagonista. España es hoy un colectivo de ciudadanos dueños de su propio destino gracias, sobre todo, a ese dominio del entorno que se produce a través de la participación activa en los asuntos públicos.

Uno de los aspectos más relevantes de la transición política ha sido, sin duda, la instauración de un nuevo modelo de Estado: el Estado de las Autonomías. La organización territorial autonómica exige de hecho una concepción distinta de ejercer el poder político y significa un sustancioso cambio en la responsabilidad institucional. Hemos superado felizmente en

Desde el punto de vista social, las Comunidades Autónomas han supuesto un eficaz instrumento para la dinamización y vertebración de la sociedad.

España aquella época en que un destino periférico era sólo una ocasión de ascenso, un eslabón inicial en la carrera del meritorio político, cuyo objetivo final era casi

siempre un alto puesto en la Administración central. En la actualidad, el gobernante autonómico tiene una específica vinculación al territorio, una mayor proximidad al ciudadano, a sus problemas cotidianos, a la solución de los mismos y, en consecuencia, tiene también una mayor responsabilidad ante la población de cuya periódica voluntad electoral depende en última instancia.

Además de esta virtualidad democrática, el Estado de las Autonomías proporciona un doble efecto añadido. El primero de ellos es *económico*, y consiste en la posibilidad de planificar adecuadamente las potencialidades de un territorio determinado. Por lo general, y desde luego éste es el caso de Andalucía, una Comunidad Autónoma tiene el tamaño propio y exacto para que la programación racional de su economía produzca, a medio y largo plazo, frutos de rentabilidad que incidan tanto en el aumento de bienes y servicios, como en el mercado potencial de trabajo.

Desde el punto de vista *social*, las Comunidades Autónomas han supuesto un eficaz instrumento para la dinamización y vertebración de la sociedad. La presencia de responsables políticos propios en el territorio concreto, ha originado paralelamente una dinámica de reforzamiento de la capacidad de interlocución y representación por parte de los agentes sociales autóctonos. Tal vez a alguien este fenómeno le parezca paradójico, pero es perfectamente inteligible. El hecho de tener que dilucidar problemas específicos con las personas que tienen la responsabilidad política democrática, ha decantado en los distintos territorios interlocuciones empresariales, sindicales o sociales que antes no existían. Así está ocurriendo hoy en Andalucía y me congratulo de ello, porque

ese diálogo constante, al mismo tiempo que ahorma y vertebrata a nuestra sociedad, la consolida como una colectividad moderna y participativa, dispuesta a construir solidariamente el futuro.

En esta apresurada nómina de transformaciones que vive la sociedad española, no puede olvidarse que estamos asistiendo a la primera fase del cambio socialista en España, cuyas repercusiones en Andalucía son innegables. En estos cuatro años de gobierno se han producido impulsos irreversibles tendentes a la modernización de la sociedad. La política de bienestar social en sectores cruciales como la sanidad o la educación, la organización del Poder Judicial y de las Fuerzas Armadas, así como la actualización de la maquinaria administrativa y el desarrollo de los derechos y libertades de los ciudadanos, son datos incuestionables de ese proceso global de modernización.

Un proceso que, por otra parte, se ha completado en uno de los más decisivos sectores estratégicos: el internacional. El ingreso de España, como miembro de pleno derecho, en las Comunidades Económicas Europeas, y nuestra permanencia en el dispositivo de seguridad y defensa de los países occidentales, ha resuelto definitivamente el viejo contencioso histórico del aislamiento español. La presencia de España en estos organismos hay que contemplarla desde una perspectiva dinámica. Nuestra postura no será la de meros espectadores, sino la de un país que pretende revitalizar las instituciones europeas. Europa ha de tener cada vez más peso y capacidad de decisión, mayor homogeneidad interna, si de verdad quiere convertirse en un ámbito de paz y distensión dentro del agitado panorama mundial que nos ha tocado vivir.

Sobre todo en el momento actual en el que se empieza a superar la crisis económica de los últimos años y el mundo se abre ya a las incitaciones del próximo si-

glo. Un nuevo modelo de sociedad, unas nuevas relaciones sociales y laborales, unos nuevos comportamientos, unas nuevas formas de producción, unas nuevas fuentes de energía, etc., van a cambiarlo todo en un corto espacio de tiempo.

En este contexto de cambio Andalucía puede jugar un papel determinante. Esta cálida tierra meridional puede estar mejor preparada que otras —aunque parezca lo contrario— para hacer frente a ese horizonte que se nos aproxima. Andalucía es un territorio amplio y escasamente contaminado; seguramente porque el proceso tradicional de industrialización le afectó escasamente y tardíamente. Los nuevos esquemas productivos pueden aclimatarse aquí con más facilidad que en otros lugares donde la inercia del pasado supone con frecuencia una rémora para encarar con energía el futuro.

Andalucía ofrece un tejido urbano a la medida de la sociabilidad y el sosiego que el hombre contemporáneo exige.

Andalucía ofrece además un tejido urbano hecho a la medida de la sociabilidad y el sosiego que el hombre contemporáneo

exige. Por poco que nos esforcemos en dotar a nuestras ciudades de mejores servicios sociales y a nuestro territorio de mejores comunicaciones, será mucho más agradable vivir en Sevilla, en Córdoba, en Granada o en Jerez que en Hamburgo, Manchester o Lyon.

Finalmente, con el ingreso de España en la CEE Andalucía ha dejado de ser el fondo de saco de un país aislado y lejano, un lugar a donde nunca se llegaba y sólo se venía para conocer de cerca el extraño signo diferencial de España. Sin embargo, casi de pronto, Andalucía aparece ante el mundo como la «puerta de Europa», el viejo solar de comunicación y encuentro de tres continentes y de las dos vías claves de la comunicación marítima. Este recuperado papel de protagonista convierte a Andalucía en tierra de futuro y con futuro; un lugar privilegiado para vivir y para trabajar, para invertir y para investigar.

Todos estos datos hay que incorporar-

los en un análisis preciso y científico de la actualidad andaluza. Andalucía es una realidad histórica compleja, aquejada todavía por graves problemas estructurales pero enriquecida por las transformaciones de los últimos años y abierta con especial vigor al mañana. Si estos factores no se tienen en cuenta, la suma final de resultados no puede vanagloriarse de haber alcanzado la exactitud.

Andalucía hoy: una compleja realidad económica

Conseguir abarcar esa amplia, rica y compleja realidad no es, como ya se ha dicho, tarea fácil. Sobre todo si se pretende huir del estereotipo y de la simplificación. Intentaré describir la situación de Andalucía, tal y como hoy se puede contemplar. Esta reflexión es producto de la permanente preocupación por nuestra tierra, que comparto con otros andaluces y con tantos estudios, y de la abundante información que a diario me proporciona la responsabilidad que desempeño. Estoy firmemente convencido de que, tras una época de lamentaciones inútiles y agravios desazonantes, es preciso abrir nuevos frentes de reflexión teórica, que incorporen las últimas transformaciones, los latidos continuos de una tierra viva que lucha y se estremece. La empresa es delicada, pero la afronto con el ánimo ilusionante de impulsar un debate abierto, una propuesta rigurosa de diálogo.

Cuando España acaba de ingresar en el Mercado Común y estamos a punto de franquear el umbral del siglo XXI, Andalucía ofrece al menos una triple dimensión socio-económica que, a grandes rasgos, podría quedar por el momento así:

— una economía de vanguardia, en la que ya se vislumbra el siglo próximo;

— una economía en estancamiento, típica de mediados de la actual centuria;

El último cuarto del siglo XX se ha convertido en el escenario del alumbramiento doloroso de una nueva sociedad.

— una economía en regresión, más propia del ya superado siglo XIX.

Antes de definir las o describirlas, es preciso aclarar tres cuestiones

previas, decisivas para la adecuada inteligencia del carácter propio de cada una de ellas:

a) No se trata de una división clásica por sectores. Por el contrario, los tres sectores tradicionales de la estructura económica (Agricultura, Industria y Servicios) participan en Andalucía, al mismo tiempo, del triple carácter que acabo de exponer, bien que con matizaciones y grados.

b) Aunque existen lógicas diferencias interprovinciales, tampoco pretendo hacer una clasificación espacial de la economía andaluza de nuestros días. Estas tres economías, a veces de forma imperceptible, se difunden y extienden por toda la malla de la geografía regional.

c) Preciso es insistir en que esta triple realidad a la que me vengo refiriendo coexiste en el tiempo. Este dato de perfecta sincronía define con precisión el carácter diferencial de Andalucía. En otras zonas de Europa y de España conviven, por ejemplo, la primera y segunda dimensión económica aludida; en algunos lugares, la segunda y la tercera; en ninguno, la primera y la última. En Andalucía, sin embargo —y éste es un dato a tener en cuenta—, el siglo XXI, el XX y el XIX se amalgaman de forma extraña y singular.

Una vez realizada estas mínimas precisiones previas, conviene avanzar una descripción aproximada de cada una de estas economías simultáneas y en presencia aunque, en razón a la claridad, sea necesario distinguirlas separadamente.

1. Una economía de vanguardia

Toda historia tiene su prehistoria. El último cuarto del siglo XX, en medio de

una profunda crisis económica —tradición mantenida a lo largo y ancho de las grandes transformaciones que en el mundo han sido—, se ha convertido en el escenario del alumbramiento doloroso de una nueva sociedad. Una doble oleada centenaria ha conmovido sucesivamente al mundo occidental. Desde la primera revolución industrial (c. 1770-1870), hemos pasado por la fase generalizada de la industrialización que culmina y se agota en 1973. A partir de este momento, entramos en la descomposición progresiva del modelo industrial tradicional. Estos críticos años que ahora vivimos darán paso, sin duda, a un sistema nuevo, a unas formas de producción y a unas relaciones sociales distintas, que algunos teóricos empiezan a denominar la era posindustrial.

En medio del desconcierto actual podemos atisbar ya algunos de los elementos que caracterizarán al futuro. No es ilusorio, por ejemplo, adivinar que el factor trabajo (en el sentido de esfuerzo físico, dedicación, oferta y especialización) sufrirá una radical alteración. Por su parte el ocio, entendido como oportunidad y liberación creadora que se ofrece al hombre, va a convertirse en una realidad más difundida en la sociedad, y a generar —sin que ello signifique una contradicción— nuevas perspectivas de ocupación, por medio de las cuales numerosas personas se incorporarán a un mercado de trabajo absolutamente desconocido hasta ahora. Por su parte, sectores todavía germinales ocuparán un espacio tan amplio y extenso que terminarán casi por cubrir la globalidad de la sociedad futura. Me refiero al mundo apasionante de la comunicación, en el sentido más genérico de este concepto, y a la robótica e informática como aplicaciones inmediatas y concretas.

En definitiva, nos aguarda un siglo XXI en el que imperarán unas formas distintas, unos comportamientos nuevos y un sistema de producción que mirará con la

altanería del progreso a nuestras ruidosas naves industriales y a la amenazadora contaminación de las fábricas que heredamos del pasado.

Ante ese futuro, que en parte ya está aquí, Andalucía ofrece, como ya he insinuado, unas condiciones de privilegio que algunos grupos emprendedores han empezado a aprovechar. La estratégica posición geográfica, que hace de Andalucía una puerta entre continentes; el clima excepcional de nuestra tierra, atravesada de parte a parte por el mítico paralelo 37; la doble y crucial ventana marítima, prerrogativa andaluza en toda la CEE; la escasa contaminación que padece, única deuda contraída por Andalucía con el proceso de industrialización tradicional; y, en fin, el tamaño exacto y justo de nuestras ciudades, son algunos factores que están jugando fuerte y que sirven para comprender un proceso que no ha hecho más que empezar, pero que anuncia ya el próximo siglo y que se manifiesta con fuerza creciente en numerosas actividades y proyectos en marcha.

En la agricultura, por ejemplo, de amplias zonas costeras de Almería, Cádiz y Huelva, así como en las hoyas litorales cálidas de Granada y Málaga o en abrigados valles del interior, se ha venido desarrollando una importante actividad de vanguardia, cuyos frutos son hoy una alentadora realidad. Se trata de una agricultura intensiva, de alta productividad y especialización, que ha incorporado una avanzada tecnología en los sistemas de regadío o en la selección de semillas. Más que de agricultura en sentido estricto, se puede hablar sin precipitación alguna de agroindustria e incluso de biotecnología aplicada a la producción agraria. Todo ello ha capacitado a estos agricultores para introducirse competitivamente en los mercados internacionales. Se trata, en síntesis, de un sector primario que ha sabido integrar, con esfuerzo de imaginación, dosis adecuadas de industrialización y comercialización, generando en su entorno una

La industria, el más castigado de los sectores productivos en la presente crisis, está abriéndose en Andalucía hacia horizontes nada convencionales.

sociedad de nuevo
cuño y de mayor bien-
estar.

Las óptimas condi-
ciones climáticas de
nuestras costas atlán-
ticas están permitien-

do ya —con el apoyo de una pionera in-
vestigación de base— introducir determi-
nadas variedades de cultivos marinos, cu-
yas posibilidades pueden ser imprevisibles
de cara al futuro. No sólo como creadoras
de riqueza y empleo, sino como fuente
alternativa de producción alimentaria y
como impulsora de nuevas formas de or-
ganización empresarial. El desarrollo de
tecnología de vanguardia y su aplicación
a la acuicultura o a la producción de al-
gas, placton, etc., está elevando la renta-
bilidad de nuestras costas y ahorrando me-
ses e incluso años en la comercialización
de una amplia gama de mariscos, molus-
cos y crustáceos.

Por su parte la industria, el más casti-
gado de los sectores productivos en la pre-
sente crisis, está abriéndose en Andalucía
hacia horizontes nada convencionales. La
paulatina incorporación de energías reno-
vables y no contaminantes (solar, eólica o
marina), junto a la producción de sofisti-
cados componentes informáticos, electró-
nicos y fotovoltaicos, patentizan esta re-
novadora orientación de nuestra economía.
El reciente convenio entre SECOINSA de
Málaga y la empresa japonesa FUJITSU,
que implica un importante desarrollo en
la fabricación de ordenadores y en pro-
gramas de formación e investigación, es
el más significativo ejemplo pero, afortu-
nadamente, no el único. En la ZUR de la
bahía de Cádiz y en algún otro lugar de
Andalucía están surgiendo también inicia-
tivas importantes en estos avanzados y
estratégicos proyectos.

En el sector servicios, preciso es hablar
del turismo. No sólo por su importancia,
sino por ser una de las más claras activi-
dades andaluzas en transformación. La
infraestructura hotelera en su conjunto
está adecuándose a la nueva sociedad del
ocio, en la que el turismo y los intercam-

**La economía estancada
en Andalucía es la más extensa
y la que más empleo
y riqueza genera
por el momento.**

bios internacionales
van a ejercer un pro-
tagonismo indiscuti-
ble. Del tradicional
aparcamiento y apre-
surado trasiego de tu-
ristas estamos pa-
sando a una estrategia

global que incorpora servicios de alta es-
pecialización. En Andalucía se está pro-
duciendo ya la transición del turismo con-
vencional a una moderna industria del
ocio. No debe entenderse este concepto
como mero divertimento, sino como dis-
frute de una singular calidad de vida y un
uso enriquecedor del tiempo libre. Sin ol-
vidar requerimientos tradicionales inme-
diatos, se han empezado a introducir con
éxito aspectos ecológicos, deportivos, gas-
tronómicos, informativos y de participa-
ción cultural de nuestros visitantes. No se
trata tanto de que «vean» como de que
«conozcan»; se les está ofreciendo la opor-
tunidad de que profundicen, convivan y
compartan el embrujo singular de esta
tierra. Andalucía, por su clima, su patri-
monio artístico y su indudable personali-
dad colectiva, es el sur más atractivo del
sur hacia el que Europa retorna.

No se agota en estos perfiles rápidos,
en estos trazos puntuales, el carácter van-
guardista de la actual economía andaluza.
Sirvan, sin embargo, de muestra y argu-
mento en favor de la tesis que propone-
mos en estas páginas. Más adelante me
referiré también a otros problemas aflic-
tivos y lacerantes. Pero no pueden olvi-
darse o disimularse estos relieves del reta-
blo como si de una excepción se trataran.
Andalucía es una tierra con futuro en la
nueva sociedad que se adivina ya cercana.
Cuanto precede confirma este principio
cabal y exacto.

2. Una economía estancada

En conjunto, la estructura básica de la
economía actual tiene su origen en la se-
gunda fase de revolución industrial y sus
consecuencias. Una economía que, a lo
largo de más de un siglo, se ha ido expre-
sando en un potente sector industrial con-

vencional, una agricultura extensiva derivada de las desvinculaciones liberales del siglo XIX, y un proceso de aglomeración demográfica y de servicios en torno a las grandes ciudades. Como es bien sabido, esta triple distribución es casi ilusoria; en realidad, se trata de un único conjunto perfecta y sólidamente trabado.

Hasta la reciente década de los años 70 de este siglo, la progresiva evolución de este modelo económico fue evidente, aunque las naturales oscilaciones coyunturales del sistema provocaran periódicas recesiones cíclicas. Al producirse la actual crisis económica mundial, toda esta organización se tambalea. La dinámica interna llega a su culminación. El agotamiento del sistema se hace patente, al evidenciarse la quiebra de gran parte de sus fundamentos productivos, financieros y mercantiles.

La situación, generada inicialmente por la llamada crisis del petróleo, no afectó por igual a todos los sectores, aunque todos de alguna manera se han visto finalmente implicados. De todos ellos, el sector industrial ha sido, tal vez, el más castigado. El coste energético, la difícil comercialización de algunos bienes y productos, y la escasa ductilidad o adaptabilidad de la mano de obra, han incidido decisivamente en la dimensión y en el coste social que aún experimentamos.

Esta impostación industrial de la crisis ha hecho que la misma no tenga en Andalucía unas consecuencias excesivas. La estructura socio-económica andaluza, por sus propias características, quedaba en cierto modo al margen de los efectos dramáticos que la crisis ha tenido en otras zonas.

Ocurre, sin embargo, que las consecuencias de la misma sí nos afectan, y muy directamente. Sería irreal no reconocerlo así. Nuestra industria tradicional ha entrado en una aguda situación de precariedad que,

dada la escasez y debilidad originaria de la misma, podría generar un desmantelamiento de los islotes industriales tan trabajosamente conseguidos. Y con ellos, el de las pequeñas industrias auxiliares surgidas a su amparo.

En una consideración global, más allá de cualquier supuesto inmediato, esta actividad económica tiene hoy en Andalucía una indiscutible importancia. Entre otras razones porque es la más extensa y, desde el punto de vista socio-económico, la que más empleo y riqueza genera por el momento. Me refiero a ella bajo el calificativo de *economía estancada*, porque la actual situación de crisis le afecta decisivamente y porque está exigiendo una urgente terapia de adecuación a los nuevos tiempos.

**La economía
en regresión tiene
como característica
común su carácter
rural.**

Este es el caso, por ejemplo, de la agricultura extensiva, en la que el sistema de propiedad juega al servicio prioritario del enriquecimiento y la productividad. Se trata, pues, de una agricultura de origen liberal, protagonizada en la actualidad por unos herederos entre los que no han faltado ciertas inquietudes de carácter innovador, al menos en los últimos veinticinco años. Una agricultura que ramifica su hegemonía por las ricas comarcas del interior y, sobre todo, domina —desde Jaén a Cádiz— en la fértil planicie del valle del Guadalquivir. Este amplio sector primario ha alcanzado aceptables niveles de rendimiento y no ha descuidado la mecanización o la incorporación de ciertos avances tecnológicos. Sin embargo, su diversificación productiva ha sido escasa, y muy débil aún la integración empresarial del área ganadera. Junto a algunas de sus virtudes, un apunte también de sus problemas más acuciantes.

Por lo que respecta a la industria y a su actual situación crítica, algo se ha insinuado en párrafos anteriores; añadamos ahora alguna concreción práctica. Aspectos tan determinantes y, en su momento,

dinámicos, como la minería, la construcción naval y la producción textil, pueden servir de ejemplo. Ilustran un mundo económico típicamente tradicional, representativo de esa segunda fase de la industrialización y, en algunos casos, con una fuerte presencia en la Andalucía de los años cincuenta y sesenta. Se diría que la crisis les sorprendió con armas y bagajes, en plena euforia y sin otra perspectiva inmediata que un horizonte indeterminado de expansión. El encuentro con la realidad de una nueva época y de unos nuevos parámetros ha significado un impacto decisivo, cuyas proporciones hubieran sido impredecibles caso de no haberse controlado a tiempo.

Queda por anotar, en este repaso apresurado, el sector de los servicios. Puede reseñarse en este campo al comercio urbano de carácter familiar, cuya sistemática de funcionamiento ha estado dominada por una cierta inercia y docilidad. Empresas por lo general de tamaño medio, que han evolucionado sin grandes alteraciones internas ni aspiraciones relevantes, apoyadas por una clientela de heredadas fidelidades domésticas.

La situación actual de toda esta gama de actividades se resume en una causa —*crisis*— y en una consecuencia —*estancamiento*—. No se puede, sin embargo, permanecer conformista o inactivo ante un diagnóstico tan duro. Está en juego una parte demasiado significativa de la vida económica y social de Andalucía.

3. *Una economía en regresión*

Existe aún una Andalucía lejana y como olvidada. Un área económica de nuestra tierra que, aunque marginal y minoritaria, no podemos obviar en esta descripción que pretende ser globalizadora de la realidad.

Cuando estamos a punto de ingresar en

el siglo XXI, cuando la sensación auroral de un mundo nuevo casi nos deslumbra ya, en Andalucía podemos remontar el tiempo hacia el pasado e introducirnos en un arcaico sistema de valores y referencias.

Esta área económica regresiva está dominada por una agricultura decimonónica y deprimida. Dominación que se ejerce en el doble y férreo sentido de ser, por una parte, el sector hegemónico en el medio y, por otra, de condicionar a los restantes, cuya evolución social y económica pende, en última instancia, de tan escasos impulsos.

Tal vez el carácter más indeleble de esta agricultura sea su dimensión patrimonial. La propiedad agraria, en este caso, tiene como objetivo principal subrayar el «status» social del poseedor, por encima de cualquier otra consideración o finalidad. Es ésta una típica herencia del pasado, cuyas raíces, sólidamente asentadas en principios semif feudales, recorren casi indemnes y soterradas varios siglos de la modernidad. Surgen de ahí todos los demás vicios que le son propios: las ansias de acumulación y privatización, la rutinaria manía de sus esquemas productivos, la deficiente rentabilidad o la carencia de cualquier proyecto de competitividad.

La propia inercia de la agricultura arrastra y condena al resto de las actividades económicas. El comercio, por ejemplo, ayuno de cualquier contabilidad, se resuelve en meras fórmulas de supervivencia, prácticamente agotadas ya. Puede incluso afirmarse que no existe siquiera como negocio. Se trata de un «comercio» al por menor, minucioso y disperso, donde todo y nada se expende, sin ningún tipo de previsión o especialización. Tal precariedad configura un funcionamiento tan singular y mortecino que está llamado a desaparecer bajo la oleada que las nuevas formas de comunicación están generando por todas partes.

Algo similar cabría decir de la actividad preindustrial de algunos talleres, cuyas

Los cambios políticos y sociales en España han generado nuevas condiciones estructurales y de funcionamiento en la mecánica del Estado.

rudimentarias condiciones técnicas les califican para aparecer también en este cuadro general del atraso y la marginación.

Hay una característica común que engloba y afecta a toda esta área económica regresiva. Me refiero a su carácter rural; una considerable aunque discontinua zona de la geografía andaluza, que quedó como a trasmano de cualquier evolución modernizante. Varias razones podrían esgrimirse para explicar este fenómeno. Como no es momento para divagaciones eruditas, voy a centrar el problema aludiendo a dos causas perfectamente concatenadas entre sí.

En primer lugar, la ausencia de comunicaciones. Lejos de las grandes líneas de los intercambios humanos y económicos, estos colectivos se agruparon en los estrechos límites de su entorno natural. Evo-

lucionaron siguiendo usos y costumbres ancestrales, casi ajenos a la renovación de los aires económicos que el mundo exterior experimentaba. Se les separó así des-

de otra posibilidad o perspectiva nueva, a la que llegarían —ya en los años 60— sólo los más jóvenes por el áspero camino de la emigración. Al mismo tiempo, esta sociedad cerrada se vió sometida al dirigismo de un cacicato inveterado y secular. El caciquismo de base agraria moldeó de esta forma y en beneficio propio las relaciones sociales y de producción de unas comarcas empobrecidas por el atraso y mediatizadas por el control de sus señores.

Sin pretensiones de exclusividad o intentos de justificación, estos dos argumentos ayudan a comprender la evolución económica y social experimentada por determinados sectores del mundo rural.

Hacia una estrategia de futuro

Como ya he dicho, en los últimos años se han producido en España trascenden-

tales cambios políticos y sociales. Estas transformaciones han generado nuevas condiciones estructurales y de funcionamiento en la mecánica del Estado y de la colectividad nacional. Interesa destacar, entre otras, aquéllas que se han revelado especialmente significativas:

— la construcción y consolidación del modelo autonómico diseñado en la Constitución, en el que Andalucía juega un papel decisivo como factor dinamizador y solidario;

— el ingreso de España, como miembro de pleno derecho, en la Comunidad Económica Europea, tras un largo período de diálogo y negociación, que abre amplias perspectivas económicas junto a serios desafíos competitivos.

No puede olvidarse además que tales

**La economía de vanguardia
ha provocado
un conjunto social abierto,
dinámico
y emprendedor.**

acontecimientos coinciden con el final de la grave crisis que, desde años atrás, venía aquejando al conjunto de los países occidentales. Este nuevo contexto económico

dotará de condiciones singulares a ambos procesos que, de por sí, encierran algunas dificultades y alentadores desafíos.

En Andalucía, donde hay que sumar el ingrediente expectante del 92, todos estos retos han servido de estímulo y acicate. Al menos, en determinadas áreas decisivas de la actividad socio-económica y en la dimensión profunda de la conciencia colectiva. En efecto, son muchos los que husmean y atisban, un poco como a tientas aún, que Andalucía puede jugar fuerte en la apuesta del futuro. Con mayor precisión tal vez lo han advertido así observadores y analistas perspicaces del exterior.

Un producto previo de esta inquietud tentativa es la Andalucía de hoy, donde se mezclan y confunden las ansias de rumbo nuevo con los lastres que heredamos del pasado. Es una mezcla deletérea, pero es una vez más la mezcla de la heteroge-

neidad, magnífica gala y singular atributo de la complejidad de nuestra tierra. Si queremos ser fiel a ella, sin escamoteos ni disimulos, es preciso apuntar los datos completos del panorama andaluz. No para quedarnos complacientes en él, sino para estimular actuaciones o para transformar y erradicar los aspectos negativos de la realidad.

Una realidad económica que, como hemos visto, se descompone y reparte en tres áreas distintas, sincrónicas y unitarias. Cada una de ellas se corresponde con un tipo especial de sociedad, posee sus propias relaciones sociales internas, y cada una exige una contemplación singularizada por parte de la Administración a la hora de dictaminar sobre sus posibilidades o sus problemas. Muy brevemente ya, esbozaré sólo algunas consideraciones al respecto, dejando abierto este capítulo a futuras y más analíticas conclusiones.

La primera de las economías estudiadas, la llamada economía de vanguardia, ha provocado un conjunto social abierto, dinámico y emprendedor. Un tipo de sociedad en marcha, decidida a abrirse paso y capaz de auto-organizarse, con genio e imaginación, en el arriesgado mundo que se avecina. Sus relaciones sociales íntimas, sus pautas de comportamiento se empiezan a regir por modelos plurales y diversificados, rompiendo poco a poco con sus esquemas originarios.

Esta propuesta tiene que ser contemplada desde la Administración implementando una política de estímulos e impulsos. Tal vez esta afirmación parezca sólo una declaración de buenas intenciones sin compromiso alguno. No es así; estimular e impulsar, desde mi óptica, se resuelve en medidas concretas de apoyo a la comercialización, ayudas puntuales para la instalación de nuevas iniciativas y, sobre todo, establecer un programa riguroso de desarrollo científico y técnico. Esta última

referencia posee un relieve especial. Las actividades pioneras sólo se consolidarán sobre la base de una investigación concienzuda, la incorporación de nuevas técnicas y la preparación solvente de un personal cualificado. Sobre este diseño estamos trabajando, abriéndole sendas al futuro.

El mundo económico dominado por la crisis se expresa en un modelo de sociedad tradicional, cuya principal característica tal vez sea el desconcierto, la confusión. Es ésta una situación típica de las capas acomodadas cuando las alteraciones históricas profundas hacen que los valores y los puntos de referencia dejen de ser fijos y absolutos.

En manos de este sector se encuentra gran parte de la actividad económica presente y el mayor número de empleos disponibles. Ahí radica su enorme peso y la necesidad de establecer, desde los poderes públicos, una clara y adecuada estrategia. Quizá la palabra «reconversión», tan en boga, sea la más apta. Urge la modernización de sus mecanismos —los gerenciales y los productivos— a fin de obtener una reutilización beneficiosa de sus instalaciones. Una operación de este calado resulta complicada y, desde luego, no se sustancia en unas cuantas jornadas. Cualquier proceso de adecuación es siempre sacrificado, pero indudablemente será menos costoso, situándolo con precisión en el marco de una planificación general del mapa económico, así como en un ambiente de distensión y concertación social con las fuerzas empresariales y sindicales implicadas e interesadas en su culminación.

Finalmente, el área económica rural segrega con frecuencia un tipo de sociedad anquilosada y empobrecida; una sociedad

El mundo económico dominado por la crisis, se expresa en un modelo de sociedad tradicional, cuya característica tal vez sea el desconcierto.

replegada en sí misma, condicionada a veces por el temor y, en general, por la reiteración formal de los comportamientos. La precariedad de medios caracteriza y

explica las limitaciones individuales o colectivas de esta sociedad.

Frente a este lejano universo, los poderes públicos deben actuar con especial delicadeza y tacto. Resulta difícil a estas alturas contribuir a la reanimación de una economía en regresión. Pudiera parecer duro, pero una parte considerable de sus peculiaridades productivas han de perder progresivamente el peso que aún mantienen. De lo contrario, ese lastre puede ser una excesiva rémora para el conjunto de la economía andaluza.

De manera alternativa, hay que esforzarse en recuperar originales sectores artesanales que emanan de las profundidades de su historia colectiva y reorientar, es sólo un ejemplo, hacia un nuevo tipo de turismo, formas más vivas de actividad. Asimismo, en beneficio del conjunto de la sociedad rural, las instituciones públicas han de realizar un esfuerzo denodado y

coordinado para dotar a estas colectividades de servicios sociales adecuados. Desde infraestructura de comunicaciones a medios sanitarios, educativos y culturales. Sólo así la incorporación de este mundo y su interna dinamización social, dejarán de ser asignaturas pendientes y olvidadas.

Frente al lamento sin rumbo o al agravio comparativo de otras épocas, se impone una nueva y más completa reflexión, una elaboración teórica global sobre la realidad andaluza de hoy. En ella hay indicios sobrados para incluir junto al realismo, la ilusión. Ambos conceptos deben ir unidos. La ilusión, por sí misma, puede llevar a falsas y frustrantes expectativas. Un realismo incompleto, solitario y adusto, conduce a la impotencia y a la desesperación.

Conferencia pronunciada en las Jornadas «Andalucía hoy», organizadas por la Fundación Pablo Iglesias, el 25 de abril de 1986.